

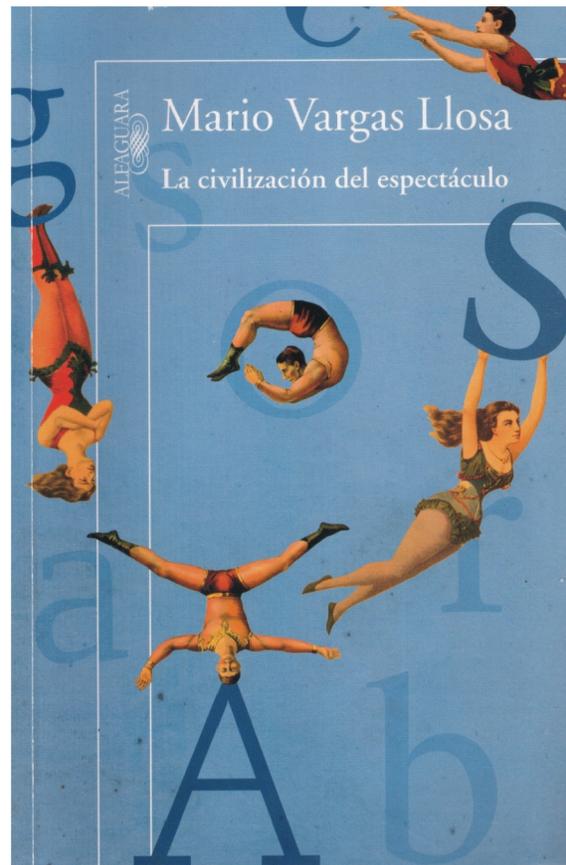
## La frivolidad de llamarse intelectual

**MARIO VARGAS LLOSA, Sobre *La civilización del espectáculo*, Madrid: Alfaguara, 2012. 227 p.**

En *La civilización del espectáculo*, Mario Vargas Llosa lamenta que la dictadura de la superficialidad se impusiera sobre la cultura. “La frivolidad”, escribe, “consiste en tener una tabla de valores invertida o desequilibrada en la que la forma importa más que el contenido, la apariencia más que la esencia y en la que el gesto y el desplante –la representación– hacen las veces de sentimientos e ideas” (p. 51). De este “indeseable efecto”, dice, es culpable la “democratización de la cultura” (p.35), por eso siente nostalgia de la época cuando las élites establecían juicios sobre qué es arte y qué no, antes de que la figura del hombre de pensamiento, el intelectual, se eclipsara.

Para el lector no pasa desapercibido que el propio Vargas Llosa se propone como hombre de pensamiento, quizá el último que queda, como señala Jorge Volpi en *otra reseña del libro*. Por eso se define como “alguien que, desde que descubrió, a través de los libros, la aventura espiritual, tuvo siempre por modelo aquellas personas que se movían con desenvoltura en el mundo de las ideas y tenían claros unos valores estéticos que les permitirían opinar con seguridad sobre lo que era bueno o malo, original o epígono, revolucionario o rutinario, en la literatura, las artes plásticas, la filosofía y la música” (p. 202).

Resulta exagerado que, en su diagnóstico atroz de la actualidad y a la par que se propone como hombre de letras, culpe a Jacques Lacan, Roland Barthes y Michel Foucault, entre otros, del deterioro de la educación y de la autoridad del profesor, como hace en el tercer capítulo del libro, “Prohibido prohibir”. Parte de esas ideas las había leído en un ensayo suyo publicado el año pasado por la revista mexicana *Letras libres*. Además del tono de su-



prioridad con el que fueron expuestos sus razonamientos, me pareció extraño que no se preocupara por definir qué entiende por deconstrucción, estructuralismo o posmodernidad, lo que quizá hubiera facilitado la comprensión de qué le molesta tanto de sus postulados.

*La civilización del espectáculo* tiene muchos puntos que merecen discutirse, pero la dureza de la crítica contra pensadores esenciales del siglo XX me obliga a detenerme sobre este punto. Vargas Llosa no solo arremete contra el deconstruccionismo y otras escuelas asociadas con el estructuralismo, sino que llega a la audacia de tildar

de "delirios" a ciertas escuelas teóricas posmodernas y a llamar charlatanes a sus seguidores. Escribe que, por adscribirse a esas teorías, han los intelectuales franceses de mediados del siglo pasado perdieron autoridad: "no eran serios, jugaban con las ideas y las teorías como los malabaristas de los circos con los pañuelos palitroques, que divierten y hasta maravillan, pero no convencen" (p. 87).

Sin embargo, ¿cuáles son las alternativas que propone el Premio Nobel a los citados pensadores franceses? Alan Sokal y Jean Bricmon, Gertrude Himmelfarb y Lionel Thrilling. Ellos sí. Pueden no haber hecho contribuciones tan profundas a la vida contemporánea como la teoría del espejo de Lacan o la de las estructuras de poder de Foucault, pero para el autor de *La tentación de lo imposible* (2004) merecen aplausos porque desenmascaran a los charlatanes.

La argumentación de Vargas Llosa parece incompleta. Primero, se abstiene de explicar que el libro escrito por el matemático Sokal y el físico Bricmont, *Imposibles intelectuales* (1997), se limita a acusar a algunos es-

tructuralistas de abusar de ciertos términos provenientes de las matemáticas sin contextualizarlos. También la apología que hace del trabajo de Himmelfarb es sospechosa. "[Sus] críticas (...) a los estragos que la deconstrucción ha causado en el dominio de las humanidades me parecen irrefutables", escribe pero no explica qué las hace incontrovertibles (pp. 91-92). Tampoco precisa el autor peruano que Himmelfarb es especialista en la historia de Inglaterra durante el siglo XIX ni queda muy claro por qué cierra esta sección refiriéndose al crítico literario Thrilling, que tampoco ofrece alternativas plausibles al estructuralismo o sus interpretaciones asociadas.

Pienso como Vargas Llosa que ciertas sociedades se beneficiarían más de una visión menos superficial de sus problemas y por eso mismo me parece paradójico que el autor acuse de complicados y oscurantistas los ensayos de Barthes, Lacan o Foucault. Quizá los halle demasiado intelectuales. Pero, ¿puede alguien que se precie de lector sagaz despreciar el trabajo de las piedras fundamentales del pensamiento contemporáneo? ¿No es esto como declararse intelectualmente aislado del mundo?

Michelle Roche Rodríguez